

BOURNE

Londres Invierno, 1821

El ocho de diamantes fue su ruina.
Si hubiera sido un seis, podría haberse salvado. Si hubiera sido un siete, habría salido de allí con el triple de dinero. Pero fue un ocho.

El joven marqués de Bourne observó cómo el naipe volaba por encima del tapete verde antes de caer junto al siete de tréboles que reposaba boca arriba sobre fieltro; casi parecía burlarse de él. Cerró los ojos, la estancia se quedaba sin aire con una rapidez insoportable.

Vingt et deux. «Veintidós».

Uno más que el *vingt et un* al que había apostado.

Al que lo había apostado todo.

En la estancia resonó un gemido colectivo cuando él detuvo el movimiento de la carta con la punta del dedo, como si los presentes observaran los horribles hechos con el agudo placer de quien había escapado por los pelos de su propia muerte.

Luego comenzaron los murmullos.

—¿Lo apostó todo?

—Todo lo que no está vinculado a su título.

—Es demasiado joven para jugar con cabeza.

—Ahora madurará con rapidez; nada consigue que alguien crezca con más rapidez que esto.

—¿Lo ha perdido todo de verdad?

—Sí, todo.

Abrió los ojos y concentró su atención en el hombre sentado al otro lado de la mesa, que tenía clavada en él aquella mirada gris y fría que conocía de toda la vida. El vizconde Langford había sido siempre su vecino, el fiel amigo que su padre había elegido como protector de su único hijo y heredero. Tras la muerte de sus progenitores, fue Langford quien se ocupó del marquesado de Bourne, quien multiplicó por diez sus activos, asegurando su prosperidad.

Y ahora se había apoderado de todo.

Vecino, quizá. Jamás un amigo.

La sensación de traición le abrasaba por dentro.

—Lo ha hecho a propósito. —Por primera vez en sus veintún años notó la inocencia que vibraba en su voz, y lo odió.

No hubo emoción en la cara de su adversario cuando recogió el pagaré del centro de la mesa. Él contuvo el deseo de hacer una mueca al ver el arrogante garabato con el que había firmado la página, la prueba indeleble de que lo había perdido todo.

—Fue tu elección apostar más de lo que estabas dispuesto a perder.

Le había engatusado. Langford le presionó una y otra vez, empujándole cada vez más, dejando que ganara hasta que ni siquiera se le pasó por la cabeza que pudiera perder. Era una táctica muy antigua y él había sido demasiado joven para darse cuenta de que su contrincante la estaba usando. Se había dejado llevar por la ansiedad. Alzó la mirada, y fueron la cólera y la frustración las que matizaron sus palabras.

—Y fue su elección ganarlo.

—Sin mí no habría nada que ganar —repuso el hombre.

—Papá... —Thomas Alles, buen amigo suyo e hijo del vizconde, dio un paso adelante—. No lo hagas. —Añadió con la voz temblorosa.

Langford se tomó su tiempo para doblar el documento y se levantó de la mesa ignorando a su hijo. Se limitó a lanzarle a él una mirada fría.

—Deberías darme las gracias por enseñarte esta valiosa lección cuando todavía eres joven. Por desgracia, ahora solo posees la ropa que te cubre y una casa vacía.

El vizconde lanzó una mirada a los montones de monedas que había sobre la mesa, pruebas de sus ganancias a lo largo de la noche.

—Puedes quedarte todo ese dinero. Considéralo una especie de regalo de despedida, si quieres. Después de todo, ¿qué diría tu padre si te dejara sin nada?

Él se levantó bruscamente de la silla y golpeó la mesa.

—No le permito que hable de mi padre. No es digno de ello. Langford arqueó la ceja ante aquel despliegue de orgullo mientras dejaba que el silencio reinara en la estancia durante un buen rato.

—¿Sabes? Creo que después de todo me quedaré también con este dinero. Y me encargaré de que no puedas volver a entrar en el club. Márchate.

A él le llamaron las mejillas al escuchar esas palabras. Su participación en el club. Sus tierras, sus sirvientes, sus caballos, sus ropas... todo. Todo menos una casa, algunos acres de tierra y el título.

Un título caído en desgracia.

Vio que el vizconde curvaba los labios en una sonrisa burlesca antes de lanzar al aire, en su dirección, una guinea que él atrapó instintivamente. La moneda de oro destelló bajo las brillantes luces de la sala de juego de White's.

—Adminístrala con sabiduría, muchacho. Es lo último que obtendrás de mí.

—Padre... —Tommy volvió a intentarlo.

Langford se giró hacia su hijo.

—Ni una sola palabra más. No pienso permitir que implorares por él.

Su amigo más antiguo le miró con desamparo al tiempo que alzaba las manos. Tommy dependía de su padre. De su dinero, de su apoyo.

«Algo que él ya no tenía».

El odio resurgió más brillante y ardiente que antes, pero lo apagó con fría determinación. Guardó la moneda en el bolsillo y dio la espalda a sus iguales, a su club, a su mundo y a la vida que siempre había conocido.

Para sus adentros, juraba venganza.

CAPÍTULO 1

·Principios de enero, 1831·

Él no se movió cuando escuchó que se abría y se cerraba quedadamente la puerta de la habitación privada en que se encontraba.

Permaneció en la oscuridad con su silueta perfilada contra la ventana de colores que asomaba a la sala principal del club de juego más exclusivo de Londres. Desde abajo, aquella vidriera era una obra de arte. Estaba formada por brillantes trozos de cristal que se combinaban para representar la caída de Lucifer. El antiguo preferido de Dios se mostraba como un enorme y hermoso ángel —seis veces más grande que un hombre normal— que caía al fondo de un profundo foso, expulsado a los rincones más oscuros de Londres por el Ejército de los Cielos.

«El Ángel Caído».

Era un recordatorio no solo del nombre del club, sino del riesgo que asumían los que entraban y depositaban sus pagarés encima de las lujosas mesas de juego antes de que la ruleta se convirtiera un borrón de color y tentación o de lanzar los dados de marfil.

Y cuando El Ángel ganaba, como siempre, la vidriera recordaba a los perdedores lo bajo que habían caído.

Clavó la mirada en una mesa donde se jugaba al *piquet* en la parte más alejada de la sala.

—Croix quiere aumentar su crédito.

El encargado de la sala de juego no se movió del lugar en el que permanecía de pie, ante la puerta de la habitación privada de los propietarios del club.

—Sí.

—Debe más de lo nunca podrá pagar.

—Sí.

Bourne giró la cabeza y buscó la mirada oscura de su empleado más fiel.

—¿Qué ofrece para cubrir ese crédito?

—Doscientos acres en Gales.

Miró al caballero en cuestión, sudaba al borde de un ataque de nervios mientras esperaba que su petición fuera aprobada.

—Concédeselo. Cuando pierda, acompáñalo a la puerta. A partir de ahora se le negará la entrada en el club.

Sus decisiones no eran cuestionadas en demasiadas ocasiones, y nunca por el personal de El Ángel. El empleado salió con el mismo sigilo con el que había entrado.

—Justin. —Le llamó antes de que dejara la estancia.

Silencio.

—Las tierras primero.

Un suave *clac* fue la única indicación de que el encargado había estado allí.

Unos segundos después, Justin volvía a aparecer en el piso inferior. Él observó la señal que hacía el encargado al *croupier* de la mesa antes de que este repartiera las cartas y cómo volvía a perder el conde una y otra vez.

Había gente que no lo entendía.

Eran aquellos que no habían apostado nunca, los que no habían sentido la emoción de ganar, los que no habían negociado consigo mismos para jugar una mano más, una ronda más, para tener otra oportunidad. Los que nunca se habían planteado ganar cien más, mil más... diez mil más...

Eran los que no habían conocido nunca la deliciosa y eufórica sensación de saber que la mesa estaba a punto de arder, de que esa noche era la suya, de que con una sola carta todo podía cambiar.

Esos jamás entenderían qué era lo que mantenía al conde de Croix sentado en su silla, apostando una y otra vez, con la rapidez de un rayo, hasta que lo perdió todo. Otra vez. Como si nada de lo que había apostado fuera suyo.

Él sí le entendía.

Justin se acercó a Croix y le habló al oído discretamente. La mirada del hombre recién arruinado era borrosa cuando se puso en pie tambaleándose. Tenía el ceño fruncido cuando la cólera y el orgullo le impulsaron hacia el encargado.

«Vaya error».

Él no podía escuchar las palabras, pero no lo necesitaba. Las había oído centenares de veces antes. Había presenciado como una larga lista de hombres habían perdido primero el dinero y luego el control en El Ángel. Con él.

Observó que Justin se adelantaba con las manos en alto, señal inequívoca de cautela. Le vio mover los labios tratando de calmarle y consolarle. Notó que los demás jugadores percibían la conmoción y que Temple, su corpulento socio, se acercaba a la reyerta, ansioso por participar.

Solo entonces se movió, acercándose a la pared para activar un interruptor que ponía en funcionamiento la complicada combinación de poleas encargada de accionar una pequeña campanilla debajo de la mesa de *piquet*. Quería reclamar la atención de la banca.

Aquello avisaría a Temple de que esa noche no iba a tener una pelea.

«La tendría él».

El *croupier* detuvo la fuerza bruta de Temple con una palabra y le señaló con la cabeza la vidriera desde la que él y Lucifer observaban, ambos dispuestos a enfrentarse a lo que se avecinaba.

Los ojos negros de Temple se clavaron en el cristal y asintió con la cabeza antes de acompañar a Croix entre la multitud.

Salió de la estancia privada para reunirse con ellos en una pequeña sala de la planta baja. Croix maldecía como un marino del puerto cuando abrió la puerta y entró. El hombre se volvió rabioso hacia él, con los ojos entornados con odio.

—Es usted un bastardo. No puede hacerme esto. No puede quedarse con lo que me pertenece.

Él se apoyó en la gruesa puerta de roble y cruzó los brazos.

—Fue usted mismo quien cavó su tumba, Croix. Váyase a casa y agradezca que no me quede con más.

Croix recorrió la pequeña estancia antes de pensar lo que hacía y él se movió con una agilidad que nadie esperaba para asir los brazos del conde y retorcérselos hasta que lo inmovilizó con la cara apretada contra la hoja de madera. Lo sacudió un par de veces antes de hablar.

—Piense muy bien lo que hace a partir de ahora. No me siento tan magnánimo como hace unos minutos.

—Quiero hablar con Chase. —Las palabras quedaron ahogadas contra la madera.

—Pues no va a hacerlo.

—He sido socio de El Ángel desde que se fundó. Me lo debe. Chase me lo debe.

—Se equivoca, es usted quien nos debe.

—Este lugar ha ganado mucho dinero conmigo...

—Qué generosidad la suya... ¿Quiere que pida el libro de cuentas y miremos cuánto debe al club? —Croix se quedó callado—. Ah... comienza a entenderme. Esas tierras son ahora nuestras. Envíe un abogado con las escrituras por la mañana o iré a buscarle. ¿Ha quedado claro? —Bourne no esperó respuesta, dio un paso atrás y soltó al conde—. Largo.

Croix le miró con la mirada llena de pánico.

—Quédese con las tierras, Bourne. Pero permítame volver al club... No me rescinda la pertenencia. Estoy a punto de casarme; la dote de mi prometida cubrirá todas las pérdidas y más. No me impida la entrada.

Él odió aquella lastimosa súplica, la encubierta necesidad que había en sus palabras. Sabía que Croix no podría resistir el deseo de apostar; su tentación era ganar.

Si tuviera una pizca de compasión en su interior, sentiría lástima por aquella pobre chica.

Pero aquella no era una cualidad que reclamara para sí.

Croix miró a Temple con las pupilas dilatadas.

—Temple, por favor...

Su socio arqueó una de sus cejas negras mientras cruzaba los musculosos brazos sobre el ancho pecho.

—Si posee una dote tan abundante, estoy seguro de que en cualquiera de los demás garitos de la calle le darán la bienvenida con los brazos abiertos.

Por supuesto que lo harían. El resto de garitos —llenos de asesinos y tramposos— recibirían a aquella cucaracha a la que tan mal se le daban los juegos de azar con una sonrisa.

—Los demás garitos... —escupió Croix—. ¿Qué va a pensar

la gente? ¿Qué quieren de mí? Les pagaré el doble... el triple. Ella tiene dinero de sobra.

Si por algo destacaba Bourne era por ser un hombre de negocios.

—Si se casa con esa chica y paga sus deudas, con intereses, le admitiremos de nuevo.

—¿Qué haré hasta entonces? —El plañidero tono del conde comenzaba a resultar desagradable.

—Quizá podría ejercitar el arte de la contención —propuso Temple como quién no quiere la cosa.

—Mire quién va a hablar —repuso Croix bruscamente. El alivio le había vuelto idiota—. Todo el mundo sabe lo que hizo.

—¿A qué se refiere? —Temple se había quedado quieto y su voz destilaba amenaza.

El terror que provocaba sacó a la luz los instintos de supervivencia del conde, y lanzó un puñetazo a Temple, que capturó el puño con su enorme mano y lanzó al otro hombre hacia atrás.

—¿A qué se refiere? —repitió.

El conde comenzó a gimotear como un bebé.

—A nada... Lo siento. No quería decir eso. Por favor, no me haga daño... no me mate. Me iré. Me marcharé ahora mismo. Lo juro. Por favor... No me haga daño.

Temple suspiró.

—No se merece que malgaste ni un segundo de mi tiempo —espetó con desdén.

—Váyase —intervino Bourne—, antes de que decida que sí merece que malgaste el mío.

El conde salió corriendo.

Él lo observó huir antes de recolocarse el chaleco y enderezar la levita.

—He llegado a pensar que se cagaría encima mientras lo retenías contra la puerta.

—No sería el primero. —Temple se sentó en una silla y estiró las piernas antes de cruzar los tobillos—. Me preguntaba cuánto tardarías.

Él se colocó el puño de la camisa para que sobresaliera un

centímetro por debajo de la manga de la levita antes de prestar atención a Temple.

—¿En hacer qué? —preguntó como si hubiera perdido el hilo de la conversación.

—En volver a tener un aspecto impoluto. —Temple curvó los labios de manera burlona—. Eres como una mujer.

Miró a su enorme amigo de manera incendiaria.

—Una mujer con un extraordinario gancho de derecha.

Temple sonrió de oreja a oreja, lo que hizo que destacara más su enorme nariz, que se había roto por tres partes.

—Francamente espero que no estés sugiriendo que podrías derrotarme en un combate.

Él había comenzado a examinarse la corbata en un espejo.

—Pues sí, es eso lo que sugiero.

—¿Cuándo nos vemos en un *ring*?

—Cuando quieras.

—Nadie va a boxear contra Temple. —Ambos se giraron hacia el lugar de donde procedían las palabras, al fondo de la estancia, desde donde les observaba Chase, tercer miembro de El Ángel Caído.

Temple se rio al escucharle.

—¿Ves? Chase es lo suficientemente inteligente para darse cuenta de que no eres rival para mí.

Chase se sirvió un *whisky* de la licorera situada en un aparador cercano.

—No lo digo por Bourne. Tú eres como una masa de piedra; nadie sería un digno de rival para ti. Salvo yo, claro está.

—Concluyó en tono burlón.

Temple se recostó en la silla.

—Cuando quieras batirte conmigo en el *ring*, Chase, no tienes más que decírmelo.

Chase miró a Bourne.

—Has dejado a Croix en la indigencia.

Él recorrió la estancia.

—Ha sido como robarle el caramelo a un crío.

—Cinco años al frente de este negocio y todavía sigo sorprendiéndome de las debilidades de estos hombres.

—No es debilidad. Es una enfermedad. El deseo de ganar es como una fiebre que les posee.

Chase arqueó las cejas ante la metáfora.

—Temple tiene razón. Eres como una mujer.

El aludido soltó un ladrido de risa y se puso en pie, con todo su metro noventa.

—Tengo que regresar a la sala de juego.

Chase le observó cruzar la estancia hasta la puerta.

—¿Todavía no has tenido tu ración de pelea diaria?

Temple meneó la cabeza.

—Bourne me birló la oportunidad.

—La noche es joven.

—Y yo tengo paciencia. —En cuanto Temple salió de la estancia y cerró la puerta, Chase sirvió otro vaso de *whisky*. Luego se acercó al lugar en el que él miraba ensimismado el fuego de la chimenea. Aceptó el vaso que le ofrecía y apuró un largo trago de líquido dorado, disfrutando de la manera en que le hacía arder la garganta.

—Tengo noticias para ti. —Él giró la cabeza y esperó a que continuara—. Noticias de Langford.

Las palabras retumbaron en su mente. Llevaba nueve años aguardando ese preciso momento, escuchar lo que dijera Chase respecto a ese tema. Durante nueve años había esperado noticias sobre el hombre que le había despojado de su pasado, de sus derechos de nacimiento.

De su historia.

«De todo».

Langford le había arrebatado todo aquella noche lejana, sus tierras, su dinero, todo menos una casa vacía y un puñado de acres pertenecientes a lo que había sido una inmensa propiedad, Falconwell. Cuando vio cómo se esfumaba todo, no comprendía los motivos del anciano, no había comprendido el placer que suponía convertir una hacienda en decadencia en otra floreciente y próspera. No entendió cuánto le molestaba entregársela a un muchacho.

Y ahora, una década después, no le importaba.

Quería vengarse.

Eso era lo que llevaba tanto tiempo esperando; venganza.

Le había llevado nueve años, pero había recuperado su fortuna; de hecho, la había duplicado. El dinero que obtenía de El Ángel así como otras lucrativas inversiones, le había proporcionado la oportunidad de levantar una propiedad digna de rivalizar con las más extravagantes de Inglaterra.

Pero jamás había logrado recuperar lo que había perdido. Langford lo había retenido con avaricia; se negó a venderlo por muchas propuestas que recibió, daba igual el poder que ostentara el hombre que las hacía. Y se las habían hecho hombres muy poderosos.

Hasta ese momento.

—Cuéntamelo.

—Es algo complicado.

—Siempre lo es. —Se volvió hacia el fuego. Pero no había trabajado tan duro para recuperar la fortuna en tierras de Gales, Escocia, Devonshire y Londres, lo había hecho para que Falconwell volviera a ser suyo.

Mil acres de exuberantes tierras cubiertas de hierba verde que en su día fueron el orgullo del marquesado de Bourne. Las que su padre, su abuelo y su bisabuelo habían ido acumulando alrededor de la casa de la familia, y que habían pasado de marqués en marqués.

—¿Qué? —Vio la respuesta en los ojos de Chase antes de que dijera nada. Maldijo profusamente en voz baja—. ¿Qué ha hecho con Falconwell?

Chase vaciló.

—Si ha conseguido hacer que recuperarlas resulte imposible, lo mataré.

Algo que debía haber hecho años atrás.

—Bourne...

—No. —Le interrumpió moviendo una mano en el aire—. He esperado por esto durante nueve años. Me lo arrebató todo. Todo. No sabes lo que fue.

La mirada de Chase se encontró con la suya.

—Me hago a la idea.

Comprender aquellas palabras le detuvo. Eran ciertas. Ha-

bía sido Chase quien le ayudó en aquellos momentos aciagos. Quien le acogió en su casa, quien le dio un trabajo. Fue quien le rescató.

«O al menos fue la única persona que trató de hacerlo».

—Bourne... —empezó a explicar Chase en tono de advertencia—. No se lo quedó.

—¿Qué quieres decir con que no se lo quedó? —preguntó mientras un frío temor se apoderaba de su interior.

—Langford ya no es el propietario de esas tierras.

Movió la cabeza como si eso pudiera ayudarle a comprenderlo mejor.

—¿De quién son ahora?

—El marqués de Needham y Dolby.

Un viejo recuerdo de muchos años atrás inundó su mente al escuchar el nombre: un hombre corpulento, con un rifle en la mano, que atravesaba un campo enlodado en Surrey seguido por una fila de niñas, de mayor a menor. La de más edad poseía los ojos azules más serios que hubiera visto nunca.

Se trataba de sus vecinos de infancia; la tercera familia que formaba la trinidad de la nobleza de Surrey.

—¿Mis tierras son ahora de Needham? ¿Cómo las obtuvo?

—Por irónico que te resulte, en una partida de cartas.

No le veía ni pizca de gracia a ese hecho. Sin duda, la idea de que Falconwell hubiera sido apostado y perdido tan alegremente a los naipes... otra vez..., era inaceptable.

—Tráele aquí. El juego de Needham es el *écarté*. Falconwell volverá a ser mío.

Chase dio un paso atrás mientras le miraba con sorpresa.

—¿Lo apostarías?

—Haré lo que sea necesario para recuperarlo —respondió él al instante.

—¿Lo que sea necesario?

—¿Sabes algo que yo no sepa? —preguntó al instante, escamado.

Chase arqueó las cejas con rapidez.

—¿Por qué dices eso?

—Porque siempre sabes más que yo. ¿Te parece divertido?

—Solo soy una persona observadora.
—Sea lo que sea... —dijo, apretando los dientes con fuerza.
Quien era socio fundador de El Ángel Caído fingió quitarse una pelusa de la manga.

—Las tierras que una vez formaron parte de Falconwell...

—Mis tierras.

Chase ignoró su interrupción.

—No vas a poder recuperarlas.

—¿Por qué no?

—Han sido añadidas a... —Chase vaciló— otra cosa.

Un odio frío le recorrió. Llevaba una década esperando eso... El momento en el que por fin volvería a unir Falconwell Manor con las tierras que le correspondían.

—¿Añadidas a qué?

—Más bien a quién.

—No estoy de humor para acertijos.

—Needham ha anunciado que las antiguas tierras de Falconwell pasan a formar parte de la dote de su hija mayor.

Él se estremeció de sorpresa.

—¿De la dote de Penelope?

—¿La conoces?

—Han pasado muchos años desde que la vi por última vez... Casi veinte, creo.

En realidad dieciséis. Estaba presente la última vez que se alejó de Surrey, después del entierro de sus padres. Entonces tenía quince años y le habían enviado a un nuevo mundo, sin familia. Ella le observó subir al carruaje y sus serios ojos azules no se apartaron ni un instante del vehículo que le alejaba de Falconwell.

Sostuvo la mirada hasta que el coche se perdió al final de la calle.

Lo sabía porque tampoco él le había quitado los ojos de encima.

Ella era su amiga.

Cuando todavía creía en la amistad.

Era la primogénita de un marqués con doble título que poseía más dinero del que podría gastar en una vida. No había

razón para que ella se hubiera quedado para vestir santos durante tanto tiempo. Debería estar ya casada y con una buena camada de jóvenes aristócratas que criar.

—¿Por qué necesita Penelope que Falconwell forme parte de su dote? —Se mantuvo un rato en silencio—. ¿Cómo es que no está casada ya?

Chase suspiró.

—Sería interesante que alguno de vosotros se interesara por saber lo que ocurre en la sociedad en vez de concentrarse en nuestro garito.

—Nuestro garito posee un archivo con más de quinientos nombres, cada uno de ellos con un dossier tan grueso como mi pulgar, lleno de información a reventar, gracias a nosotros.

—Sin embargo, tengo mejores cosas que hacer que pasarme la tarde dándote lecciones sobre lo que ocurre en el mundo en que naciste.

Él entrecerró los ojos. Jamás había sabido que Chase pasara las tardes en compañía de nadie.

—¿A qué cosas te refieres?

Chase ignoró la pregunta y tomó otro trago de *whisky*.

—Lady Penelope fue la protagonista del más ambicioso compromiso matrimonial hace varios años.

—¿Y?

—El compromiso se vio anulado porque su prometido se casó con otra mujer por amor.

Aquella era una vieja historia. Una que había escuchado incontables veces, y él seguía sintiendo una extraña emoción ante la idea de que la chica que él recordaba pudiera haberse sentido herida por aquel compromiso arruinado.

—Un matrimonio por amor... —Se burló—. Ese tipo encontraría una prometida más guapa o más rica. ¿Y eso fue todo?

—Me han informado de que ella ha tenido propuestas de matrimonio de varios caballeros en los años transcurridos desde entonces. Pero todavía permanece soltera. —Chase parecía estar perdiendo interés por la historia porque bostezó como si fuera presa del aburrimiento—. Aunque me imagino que no permanecerá en ese estado mucho tiempo más con

Falconwell para endulzar el premio. La tentación atraerá a los pretendientes como la miel a las moscas.

—Quieren arrebátarmelas.

—Seguramente. Ya sabes que no encabezas la lista de pretendientes más solicitados.

—No formo parte de ella. No obstante, recuperaré mis tierras.

—¿Y estás preparado para hacer lo que se requiere para obtenerlas? —Chase parecía divertirse.

A él no se le escapó el significado de aquellas palabras.

Parpadeó en su mente la imagen de una joven y amable Penelope; era justo lo contrario a él. A lo que se había convertido.

La apartó a un lado. Había estado esperando ese momento durante nueve años. Esperado a que surgiera la posibilidad de recuperar lo que le habían arrebatado.

Lo que había permitido que le arrebataran.

Lo que él había perdido.

Era lo más cerca que había estado nunca de conseguirlo, y jamás volvería a presentársele otra oportunidad así.

—Lo que sea necesario. —Se puso en pie y se recolocó la levita—. Si Falconwell trae aparejada una esposa, pues que así sea.

Cerró la puerta de golpe después de salir.

Chase elevó el vaso, formulando un brindis en la estancia vacía.

—Enhorabuena, amigo mío.